

# TEXTOS CAUTIVOS

LÍRICO, NARRATIVO, DRAMÁTICO y DIDÁCTICO

**ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ**

Director

## COMITÉ EDITORIAL

GUSTAVO IBÁÑEZ CARREÑO

J.F. PALMA ARISMENDI

ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

COLECCIÓN



TEXTOS CAUTIVOS

La colección **TEXTOS CAUTIVOS** nace como una iniciativa personal apoyada por el GRUPO EDITORIAL IBÁÑEZ y su sello de literatura UNIEDICIONES, que persigue la divulgación de los principales gustos literarios: *poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, literatura fragmentaria, literatura infantil y juvenil, crónica y reportaje, literatura académica y obras clásicas*. La colección fue pensada no sólo para la satisfacción de una lectura recreativa o agónica, sino que fue diseñada con unas franjas de color que permiten organizar toda una estantería a complacencia del lector con fines educativos y de promoción de lectura.

La clasificación, edición diagramación y organización de todos los materiales están pensados de la forma más placentera y eficiente, en un sentido económico, con un equilibrio de todos los elementos necesarios para cumplir con la finalidad de otorgar a cada lector una singular y selectiva biblioteca.

Autores nacionales e internacionales dilatan las posibilidades de estilos, registros y formas, estableciendo con ello una miscelánea rigurosa y contemporánea que permite la promoción de escrituras en constante evolución y que buscan transformar la lengua y enriquecer la literatura.

Las ediciones, económicas y en formato rústico, cuentan con una presentación homogénea y agradable a la vista.

Esperamos que la colección logre nuevos horizontes para los escritores y asombrosos e inolvidables libros para los lectores.

Todas las historias buscan atrapar lo etéreo, persiguen la magia, sueñan con lo imposible. Esperamos que la colección preserve, en su cautivo conjuro, una pequeña parcela de las mejores letras de nuestra lengua. La intención final de este proyecto es que la literatura pueda estar siempre al alcance de todos.

Bienvenidos a este mundo, el mundo de los **TEXTOS CAUTIVOS**.

**ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ**

Director de la colección

LEONARDO GUTIÉRREZ BERDEJO  
¿ALUCINAMOS, CLINK?





© LEONARDO GUTIÉRREZ BERDEJO

© UNIEDICIONES

IMPRESA: Carrera 69 Bis N° 36-20 Sur

Tels: 2300731 - 2386035

LIBRERÍA: Calle 12 B No. 7-12. L. 1

Tels: 2847524 – 2835194

Bogotá, D.C. – Colombia

[www.grupoeditorialibanez.com](http://www.grupoeditorialibanez.com)

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo.

Ley 23 de 1982

ISBN: 978-958-5451-38-4

Primera edición,

Uniediciones

Colección Textos Cautivos, 2018

Creada por: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Logo: *Geison García*

Imagen de carátula: Descarga de la web, libre de derechos de autor, se anexan datos de la imagen: Destroying time fotomanipulación por *Valeria Belova*

Diagramación electrónica: *Luisa Barrera*

Finalización del diseño: *David Cortés Arias*

Corrector de estilo: *Antonio Arias Betancourt*

Corrector de prueba y edición: *Zeuxis Vargas*

*Dedicado a los creadores de mitos, leyendas y creencias del caribe colombiano*



## CARTA AL LECTOR

No se me ocurre cosa distinta, al escribir estas líneas, que lo siguiente: ¿quién no ha pasado por la angustiada presión que produce una espera?, ¿quién, acaso, no ha sentido, en algún momento, la agobiante sensación de una alucinación? Es cosa común y corriente que, por alguna razón inexplicable, nosotros mismos o algunas otras personas, con quienes habitualmente vivimos o nos relacionamos, hayamos sufrido alguno de estos dos problemáticos casos.

Sabemos que hay esperas y alucinaciones de todo tipo. Hay esperas de enamorados, casuales, fallidas, de amigos, de las que uno quisiera que jamás se dieran; las hay que nos llenan de esperanza y otras más de incertidumbre y de miedo; también aquellas que nos deparan aflicción y alegría, felicidad y llanto, y, desde luego, las hay también funestas, cargadas de odio y, muchas, abiertas al placer.

Igual sucede con las alucinaciones. Todos, en algún momento de nuestras vidas o alguien, quizá, de nuestro entorno, ha experimentado alucinaciones, esas extrañas sensaciones en el cuerpo o en nuestros sentidos, sonidos inexistentes de música, de pasos, de puertas o ventanas que se abren o se cierran o que, en el peor de los casos, son golpeadas misteriosamente, sin que sepamos por qué o por quién; voces y conversaciones, gemidos angustiosos, órdenes o rechazos de seres a los que no vemos, pero que llegan hasta nosotros como si estuvieran presentes; también, luces, sombras, seres, olores y colores, que se agolpan en torno de nosotros, quizá, esperando el mejor momento para enviarnos un mensaje.

Los relatos de este libro llevan el sello de lo fantástico que encierran esas esperas y alucinaciones o, al menos, esa es la pretensión hacia lo inesperado y misterioso, hacia lo incierto y lo no deseado. Esto es lo que le sucede al leñador Lucas, al niño que espera a que su madre lo bañe, al hombre que cree hacer un viaje misterioso a Babilonia, al hombre que vive en una permanente fuga, a quien ha celebrado un brindis para festejar un golpe o a la persona a la que veremos visitar a una mujer en su tumba para reclamarle por su reprochable actitud calumniadora.

Distorsiones del tiempo y del espacio que, con frecuencia, sufrimos, son representadas, aquí, a través de diez relatos, que dejo a disposición de quienes gustan de enfrentar estas realidades inesperadas e inciertas.

Con un estilo directo y sin mayores artilugios literarios, quiero contarles cómo llegaron hasta mí estos cuentos: yo estaba sumido en la lectura de una publicación que alguien me regaló. El libro, cuyo título no recuerdo, cuenta la historia de un complot en Babilonia. De pronto, yo mismo, me vi transportado hasta esa imponente y legendaria ciudad, la de Nabucodonosor, la cuna de la civilización, la de los jardines colgantes, la ciudad bíblica, la ciudad de los pecados.

El viaje es largo y se hace con escalas en París, Barcelona, El Cairo y, finalmente, Bagdad. Esta ciudad es un infierno. El guía que me espera trata de disipar mi temor y me dice que viajaremos por vías seguras, custodiadas por el ejército norteamericano. Entonces, mi temor se acrecienta. Horas después de haber salido de Bagdad y de viajar por una carretera destapada, llegamos, sanos y salvos, al destino final.

Descanso toda la noche. Al otro día, me entero de una insurrección, que amenaza con acabar, no sólo con la vida del mandatario local, sino también, con destruir y arrasarse el reino, la ciudad, sus templos y exterminar a sus habitantes. Sin saber cómo, me veo envuelto en esta rebelión, por cuenta de las sospechas

levantadas contra todos los extranjeros que han llegado a la ciudad durante los últimos días.

La explosión de un edificio que alberga oficinas del gobierno real desvía toda la atención que estaba, hasta entonces, sobre mí y, en esta ocasión, la tragedia, el ruido de las ambulancias y de los carros de policía y los gritos de cientos de personas que corrían sin saber para dónde, me salvan de ser capturado. Descubro que la intriga y la violencia me rodean. Procuero mantener la calma, cuando, de repente, siento una mano sobre el hombro derecho y una voz que me llama y me dice: ¡Despierte!, Leonardo, se hace tarde, es hora de almorzar.

¡Qué extraño y aburridor sería este mundo si eso que llamamos realidad, no estuviera atravesada, absurda e inexplicablemente, por cosas u objetos, situaciones o momentos, que sólo pudieran ser explicados por la lente de la razón! Los agobios de las esperas y las alucinaciones, como muchas otras cosas irracionales, también tienen su particular encanto.

**LEONARDO GUTIÉRREZ**  
7 de septiembre de 2017



## BURBUJAS GRISES EN LAS NUBES

Cuando el bus en el que se transportaba el detective Rodrigo Miranda se acercaba al pueblo, miró, al lado de la vía, un letrero de madera pintorreteado en el que apenas podía distinguirse: Bienvenidos a Mosante. Debajo, en letras más pequeñas, deletreó: Myhtab & Rahpez333. Más abajo, había una referencia sobre el número de habitantes, pero el detective no alcanzó a distinguir la cantidad borrosa. “¡Vaya letrero!”, pensó.

Desde niño, había adquirido la costumbre, de leer cuanto letrero viera, las palabras al revés, después de leerlas al derecho. La lectura rápida, en una dirección y otra, de nombres de calles, indicaciones de paraderos de buses, carteles, etiquetas de frascos, leyendas, nombres de tiendas, grafitis y hasta epitafios se habían convertido en práctica común y corriente, y se divertía al hacerlo. Cuando leyó las palabras Myhtab & Rahpez333 al revés, le sacudió un ligero temor, pero se repuso de inmediato. Hacía tiempo, su madre le había regalado una oreja de cerdo disecada, que le sirvió para perderle el miedo a lo desconocido y a lo diabólico. La investigación detectivesca lo había llevado a encontrar explicaciones lógicas y a superar temores.

Diez minutos más tarde, el bus se detuvo bruscamente en el centro de la plaza, formando una espesa nube de polvo grisáceo. Con un pañuelo en la boca, el detective Miranda fue el último en bajarse, en medio de la polvareda. No se preocupó por sacudirse el polvo pegado al vestido. Lo haría más tarde, en un bar, luego de tomarse la primera cerveza. Llegó con la tarde moribunda.

El pueblo era pequeño y lánguido, como los otros que había visitado durante el largo recorrido realizado en los nueve últimos

meses. De noche, quizá, loquearían las ánimas y danzarían las sombras con los lobos, se imaginó el detective. En algunos de esos pueblos, se había quedado, aunque por muy pocos días, siempre en persecución de la Bestia, un peligroso sujeto, abusador y asesino de niños, que escapó de la penitenciaría la Picota, gracias a la complicidad del corrupto y muy influyente magistrado Agustín Pribusti, a quien familiares y allegados llamaban, cariñosamente, Ñoto.

Hasta ahora, no había tenido la suerte de dar con el peligroso delincuente. Sentía, sí, por momentos, en sus narices, el olor nauseabundo que expelía, pero de ahí a tenerlo justo en la mira, para aprehenderlo, estaba lejos. Esta era su única obsesión y, a ratos, percibía que no la lograría.

Al bajarse del bus, escrutó, con la mirada, la cruz tallada de madera que lucía en la puerta de la iglesia; luego, la desvió, con cierto interés, hacia las siete colinas que rodeaban el pueblo. “Es una vista fantástica”, le murmuró alguien a su lado, precisamente, en el instante en que el detective también tenía la vista fija en el monasterio que se erguía imponente y desafiante sobre la colina más alta. Era el Monasterio de San Mauro.

Con agudeza detectivesca, inspeccionó las calles del pueblo, que corrían paralelas a las siete colinas que, cual agresivas guerreras, se mostraban como atalayas vigilantes. Con lo poco que quedaba de lo que, alguna vez, fue un gris tétrico, las casas se notaban pérfidamente lánguidas y escuálidas: semejaban criptas atropelladas por el tiempo.

Con trajes oscuros, que les llegaban hasta los tobillos, dos señoras de mediana edad, un joven drogado, vestido con camiseta deportiva y con el pantalón a media pierna y raído, y una pareja de ancianos, cogidos de la mano, pasaron por su lado con la cabeza baja evitando mirarlo. Sin poder explicárselo, sintió correr por sus venas un frío que le heló la sangre y, le entró una corazonada, temeroso de que alguien lo estuviera espiando

o fisgoneando: la imagen de la Bestia pareció estar, justo a su lado, burlándose de él. Pensó que, de no encontrar a alguien con quien conversar, se regresaría, de inmediato, en lo primero que lo transportara. A los 33 años, uno ya reclama alguna compañía con quien conversar, dijo en voz baja.

Desde que le fue encargada la misión de perseguir a la Bestia, a donde llegaba había hecho casi lo mismo: inspeccionaba el lugar, conversaba con algunas personas clave en busca de información útil, olfateaba el ambiente, convencido de que medía el grado de ambientación en el que se movía el delincuente y, finalmente, decidía si se quedaba o no. Había sido la práctica repetida. Las más de las veces, había partido de inmediato, hasta ese momento.

En esta ocasión, con su acostumbrado morral negro, marca Twuingo, colgado a la espalda, atravesó la plaza, en dirección opuesta a la iglesia, y se encaminó hacia la acera de enfrente, en la que observó algunos locales comerciales a punto de cerrar, y entró a la cantina más próxima, medio desocupada. Pidió una cerveza, que una chica le trajo casi de inmediato. Inspeccionó a su alrededor: seis mesas con algunas sillas, media docena de cuadros con paisajes campestres, coloreados con un verde reluciente, que sobresaltaba, un par de lámparas llenas de polvo, que colgaban del techo, atiborrado de telarañas y varias botellas desocupadas sobre el mostrador. En el ambiente se escuchaba una canción lastimera de las Hermanitas Calle.

La sed abrasante le reclamó la bebida y, sin demora, bebió un sorbo largo. Por un instante, se quedó meditando si se quedaba o seguía su camino hacia el próximo pueblo o, quizá, a lo mejor, lo hizo para darle tiempo al líquido frío para que hiciera lo suyo. Sacudió el polvo pegado a los pantalones. Sus labios resecos se reanimaron al pasar la lengua humedecida de cerveza un par de veces sobre ellos. Pidió otra cerveza, que la mesera le trajo con la misma rapidez de la vez anterior. Al primer sorbo, sintió el peso escrutador de la mirada de la mujer sobre él, volteó para fijarse en el rostro de ella, y le sonrió con amabilidad. Era hermosa.